

# Estampas de un Viaje a Chile

## EL NO PETROHUE

*En un recodo del lago, a dos horas de Puerto Varas se encuentra la Ensenada, con un muelle rústico de madera, que sigue mintiendo una Suiza remota.*

*Un hotelito de madera, recibe, con la afabilidad del mantel tendido y del fuego crepitando en la chimenea, a los viajeros.*

*Allí combinamos una jira rápida a la desembocadura del río Petrohué, en el Lago de Todos los Santos. Entramos con el auto en la ruta cubierta de árboles y de matas florecidas. Las silvestres corolas, de un amarillo jugoso, manchan de oro los flancos del camino. Sentimos el murmullo del río, pero no lo vemos, oculto por el follaje. Pero en un claro del camino, nos encontramos con un agua verde como una esmeralda que derretida en agua, cayera*

## ● EL LAGO DE ESMERALDA

La esmeralda líquida del río Petrohué, cae entonces en una sábana, también de esmeralda, que forma el lago de Todos los Santos. El agua alocada se aquieta en el ancho remanso de este lago, custodiado por altísimas cumbres. El aspecto más severo y desolado que el del Lago Llanquihue, le da a este lago una prestancia de paisaje austral. Aquí nada es risueño, sino grave y solemne. La esmeralda del lago se mezcla con un azul indigo en las montañas del fondo, veladas por la distancia. Las crestas andinas, entre las que se destaca la cabeza afilada del Cerro Puntiagudo, juegan con las nubes bajas que las envuelven. El volcán apagado Osorno, magestuoso y enfático, domina el paisaje. Las nubes también juegan con su

cresta. Lo lamen, lo acarician. Y en un momento propicio, para delectación nuestra, dejan desnuda, sobre un cielo de zafir, su testa blanca de apóstol presidiendo un extraño rito de la naturaleza. Todo se vuelve religioso en el aire: los tonos azul verde de los montes, el lento viaje de las nubes por el cielo; las aguas oscuras, escondiendo el misterio; el perfecto silencio, no violado por canto ni vuelo de pájaro; la fría soledad en la quietud sin tiempo. Así, caídos en recogimiento, el viento frío se cuepa, por una endija, dentro del alma. Y estremeciéndonos, nos inunda una extraña y jamás sentida emoción.

## ● ROMPIENDO UN LECHO DE NIEVE

Subimos, en el "carro" hacia las

*de la montaña y jugara con las peñas. Atraídos por el misterio verde nos acercamos al agua que huye, y bañamos nuestras manos. Agua; agua simple, cristalina y fría. Sin embargo, cerca nuestro la vemos saltar por entre las peñas, jugar, y deshacerse en una risa blanca y espumosa. Así, un rato, hasta volver a tomar, en el descanso, después de la ronda, la profunda sombra de la esmeralda.*

*Un aire de encantamiento nos envuelve. Y al volver al auto no despegamos los ojos de la esmeralda de agua, pensando que algún hechizo que oculta la montaña vuelve de un verde alucinante esta linfa fría que cae de la altura. Así por un largo trecho, mientras la espesa vegetación, celosa del verde de la esmeralda líquida nos va ocultando el río. Hasta que llegamos al otro hotelito, también alemán, en las orillas del Lago de Todos los Santos.*

alturas. La nieve que pintaba las lejanías, empieza suavemente a acercarse. De repente un trozo del camino se vuelve inmaculadamente blanco. Allí nos detenemos, y presas de infantil curiosidad, recogemos la nieve y la amasamos con las manos. Nieve de unas horas que nos abandonará por siempre, con ella queremos entablar el frío diálogo, pensando que es una parte de la nieve inmensa y eterna que cubre los picos invencibles. Seguimos el camino. El lecho de nieve que huecaban las ruedas impasibles, se vuelve más alto. Tan alto, que es forzoso agregarle al coche nuestro un potente tractor. Entonces, con la máquina brutal y dominadora, ya no es la huella barrota que dejamos a nuestro paso, es la derrota del lecho de plumas blancas volteada a las laderas del cami. La lu-

cha es cada vez más enconada, pues el lecho de nieve es cada vez más alto y opresor. Nieve y nieve por doquiera. Los árboles acumulan la nieve que los envuelve; y las laderas blancas sólo dejan escapar el hilo azul de un agua que corre desde la altura. A la sensación de paisaje extraño, se une un vago terror de que vencidos por la blancura helada, máquina, autobús y turistas, nos encontrásemos detenidos en esa soledad de nieve. Pero seguimos impertérritos acuchillando el blanco vellón de la montaña. Así, hasta que llegamos al fin de este itinerario, donde el nombre de Chile se cambia por el de Argentina. Bajamos del coche, para caer en el engorroso trámite de aduanas y de pasaportes.